



Seix Barral Biblioteca furtiva

Milo J. Krmpotić
Historia de una gárgola

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo 2012

© Milo J. Krmpotić, 2012

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2012
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones: Javier Juanes Díez
www.javierjuan.es

ISBN: 978-84-322-0968-0

Depósito legal: B. 5.489 - 2012

Impreso en España

Rodesa, Rotativas de Estella, S. L., Navarra

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO I

Dime, ¿has hablado alguna vez con la tormenta?

Yo lo hice una noche no demasiado lejana, la misma noche en que nací por segunda vez. Qué extraña sensación la de estar vivo de nuevo: poder levantar los brazos para rascarme por fin el hocico, ser capaz de desplegar estas raídas alas y de elevarme y contemplar desde lo más alto el río y las casuchas que se amontonan a sus lados, a lo lejos los palacios y aún más lejos los campos sembrados de verde y oro, a veces simplemente tan marrones como las deposiciones de los bueyes... Imagínate ahí arriba, en medio de la nada, sabiendo que todo queda a tu alcance. Que los hombres que malviven en esas casuchas, los que se hinchan a comer en esos palacios y los que trabajan esos campos no podrán hacer gran

cosa para estropear la diversión. Ninguno de ellos.

Y, sin embargo, durante tantos años estuve prisionero... Hasta que la tormenta se decidió a hablarme.

Pero, ¿por qué precisamente a mí? A lo largo de la cornisa de piedra algunos de mis hermanos sonreían a la lluvia. Con las fauces dolorosamente desencajadas, otros se esforzaban en ahuyentarla. Los últimos, los más mayores y expertos, soportaban distraídamente su caída sin perder de vista los apresurados movimientos de la gente, ahí abajo, en la ciudad.

Ah, la ciudad... Tan cercana y tan prohibida.

A pie de calle, el pesado portón de la iglesia crujió una y otra vez ante los embates del viento. No resultaba difícil imaginar a los rechonchos sacerdotes corriendo por los pasillos, intentando inútilmente cubrir las entradas de agua; reforzando las ventanas, resbalando en algún travieso charco, rezando ante el altar, ahogando su miedo y sus nervios con generosos tragos del vino consagrado para la misa del domingo. Que no deja de ser el mejor vino de la casa, claro...

Durante demasiados siglos la sangre no había circulado por mis venas. Un relámpago sin trueno, silencioso pero no por ello menos cegador, vino a devolverme la vida.

La vida.

Puedes llamarme Maqlu. Puedes llamarme Tiamat. Puedes llamarme Huwana y puedes llamarme

Azag, pues muchos lo hicieron antes que tú. Pero el nombre que prefiero es Bialial.

Encantado de conocerte.

Al principio, mientras el destello del rayo comenzaba a desvanecerse, no fui consciente de lo que había sucedido. El eco de la luz blanca en mis ojos, un aleteo que se perdía en la noche, el sabor dulzón del azufre en los labios... Sólo un poco más tarde, cuando el frío comenzó a colarse por entre mis escamas, cuando una súbita ventada azotó mi rostro y pude torcerlo para protegerme, sólo entonces comprendí que volvía a estar vivo.

Vivo.

Y confundido.

Aturdido, atontado...

Lentamente separé mis húmedos pies de la piedra de la fachada, mas al desclavar la última de las garras perdí el único asidero que me mantenía sujeto a la cornisa. Y trastabillé. Y caí camino del suelo sin que se me ocurriera siquiera utilizar las alas cerradas a mi espalda.

No sonrías: te he dicho que estaba atontado.

Pero el golpe sirvió al menos para despertarme. Tanto tiempo deseando pisar la calle y allí estaba yo de repente, estampado contra el suelo, frente al portón de la iglesia. Fue un regreso contundente y doloroso, si quieres que te sea franco. Pero no me desintegré en mil pedazos sobre la plaza, como le hubiera

sucedido a cualquiera de mis hermanos de piedra. Al contrario: continuaba de una pieza y el líquido verduzco y maloliente que rezumaban mis heridas era la prueba definitiva de la transformación.

Vivo, quizá ya para siempre.

Una carroza tirada por dos caballos al trote comenzó a cruzar el puente. Pese a la distancia, los animales me olfatearon, se detuvieron y relincharon con un terror que me supo a gloria. Sí, antes de asomarme cojeando a aquel charco, antes de ver allí el reflejo de mis feos rasgos desencajados —la caricia del suelo no me había favorecido demasiado, pero tampoco había acabado de estropearme—, supe, recordé que el miedo era mi destino. Si mis hermanos se veían ya horrendos ahí arriba, en las alturas de la iglesia, la verdad es que en la corta distancia del pie de calle yo me llevaba la palma.

Tampoco cabe hacer un drama de ello: siempre me he sentido cómodo ante ese destino, sin rastros de duda o asomos de remordimiento. La risa propia y el llanto ajeno componen la música de mi existencia.

Y, sin embargo, lo confieso, en cierta ocasión desee no ser lo que soy. Es una historia que me cuesta olvidar, que se ha prendido de mi memoria como la garrapata del cuello de una hiena. Y que disfruta sorbiendo recuerdos camino de estallar.

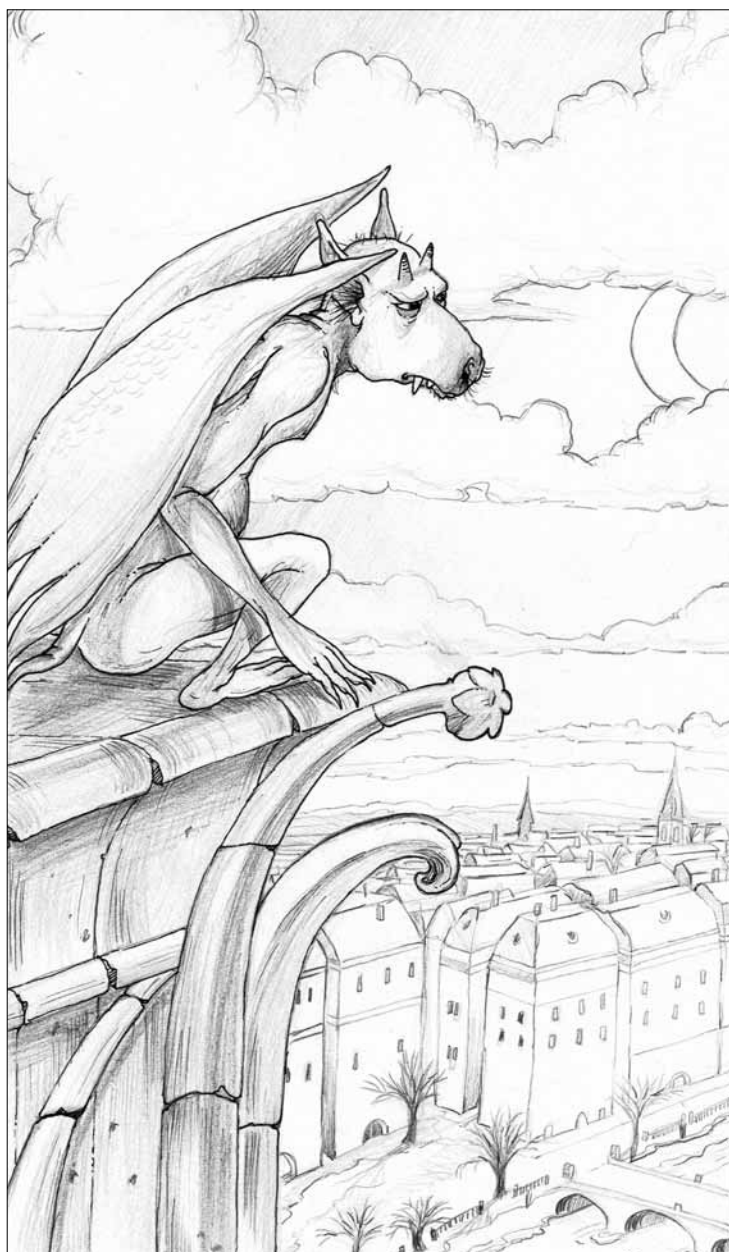
¿Quieres que te hable de ello? ¿Tienes tiempo suficiente?

Fue aquélla una de las pocas veces en que mi voluntad no llegó a realizarse. Tengo la espina clavada aquí mismo, en medio del pecho, como un ombligo negro al que le hubiera fallado la puntería y que se encontrara por ello un palmo fuera de lugar. No puedo olvidarme de ella; con cada movimiento que realizo parece hundirse un poco más, escarba, me exige que cierre los ojos y recuerde. Y, cuando una criatura como yo permite que se abran las mazmorras de su mente, cuando su pasado brota burbujeante y espumoso en el vino del relato, es como si el mismísimo Infierno se asomara a la tierra envuelto en llamaradas y alaridos y...

Espera... Eso es precisamente lo que sucedió. No avancemos acontecimientos...

Imagina mejor, a fin de hacerte una pequeña idea, que acercas el hocico a la boca de un volcán. Que desde allí escuchas el rugir de la marea de lava, pero también el horror de la tierra que te rodea y los aullidos de terror que profieren sus ocupantes mientras intentan escapar lo más lejos posible. Porque quizá exagero, pero quizá no.

Voy a hablarte, al igual que hizo conmigo la tormenta. Voy a despertarte, tal y como conmigo hizo el relámpago. Tu tiempo entrará en mi tiempo, que son muchos y uno solo. Y es posible que, al final de la noche, cuando tengas conocimiento ya de todo, mientras dejas un rastro de luces encendidas camino del



lavabo e intentas convencerte de que mi relato es pura fantasía, y por tanto poco más que una mentira, es posible que entonces, dispuesto a lavarte los dientes, te mires al espejo y descubras que las escamas cubren tu cara. Que no hay cepillo que pueda con los colmillos curvos y salientes que pueblan tu boca, como no hay dentífrico capaz de derrotar tu aliento a tumba y saliva gruesa de pantano. Los pelos desbordarán los agujeros de tu hocico y de tus orejas. Tus palabras sonarán a graznidos y ya nada, nada ni nadie, nos podrá separar.

¿Quién en su insano juicio podría rechazar tan jugosa proposición? ¿Quizá tú?